

EL INFORME SEMESTRAL DEL FMI SOBRE LA SITUACION Y PERSPECTIVAS DE LA ECONOMIA MUNDIAL

Ricardo Cortes

Después de las turbulencias en los mercados de cambio que empezaron el 14 de Septiembre, de la salida de la libra y de la lira del Sistema Monetario Europeo (SME), de la devaluación de la peseta, de las ásperas recriminaciones entre el Ministro del Tesoro británico, Norman Lamont, y el presidente del Bundesbank Helmut Schlesinger, y de la continuación de las presiones a la baja en las bolsas, que no se han calmado todavía, podría parecer ocioso ocuparse de un documento como el de referencia, que al haber sido redactado antes de esos acontecimientos (se publicó el 16 de Septiembre), podría pensarse que ha perdido gran parte de su utilidad. No lo creemos así: es útil disponer de una visión global de lo ocurrido en los seis meses anteriores, sobre todo si procede de un organismo tan acreditado como el FMI. Porque la situación económica en esos meses, tal y como la volora el informe del FMI nos da, en gran medida, la clave de lo ocurrido y de lo que pueda ocurrir en el futuro inmediato.

Como de costumbre extractaremos lo fundamental del contenido del Informe y añadiremos -cuando proceda- algunos comentarios entre corchetes.

Visión de conjunto.

En el primer semestre de 1992, la economía mundial mostró signos de reanimación, al empezar a salir lentamente de la recesión de 1990-91 algunas de las grandes economías. Durante los próximos 12 meses se espera que el ritmo de crecimiento de la economía mundial continúe recuperándose, si bien a un ritmo moderado. Tras el estancamiento de 1991, el producto bruto mundial podría aumentar un 1% en 1992 y un 3% en 1993, más o menos el ritmo de aumento durante las dos décadas pasadas, pero algo menor que el que siguió a las dos recesiones pasadas, en 1974-75 y 1981-82, que por otra parte fueron menos fuertes que la de 1990-91. Probablemente la inflación bajará en muchos países y el ritmo de aumento del comercio mundial podría pasar de 2,25% en 1991 a 6,75% en 1993.

[Después de las recientes turbulencias, quizás habría que revisar hacia abajo esos pronósticos moderadamente optimistas: no está claro, ni mucho menos, que se vaya a salir de la recesión el año próximo. Dependerá en gran parte de acontecimientos políticos, como el avance o retroceso de la unión europea y el mayor o menor éxito de la transición al capitalismo de los países excomunistas.]

En los *países industriales* la expansión continúa siendo débil y desigual, con riesgo de que decaiga aún más. El gran obstáculo es que en algunos países [EE.UU., Japón y Gran Bretaña] una fuerte baja de los precios de los inmuebles y de los activos financieros [lo que se está llamando "deflación de deuda y de activos"] está corrigiendo los efectos de una especulación excesiva anterior que los hizo subir demasiado. Además, en algunos países, déficit públicos excesivos han minado la confianza de los consumidores y de las empresas. Grandes divergencias en las políticas económicas de los grandes países están produciendo fuertes tensiones en los mercados de cambios [que han acabado produciendo, después de redactado el informe, la devaluación de la peseta y la salida de la libra y de la lira del SME]. En muchos países, la necesidad de

controlar la inflación limita estrechamente la posibilidad de tomar medidas para animar la actividad económica a corto plazo, yendo más allá de la baja en los tipos de interés ya ocurrida en algunos países y del paquete de medidas reanimadoras tomado recientemente por el Japón. Muchos países deben esforzarse urgentemente en reducir sus déficit públicos para devolver la confianza a los consumidores y a las empresas y para hacer posible un crecimiento continuado a medio plazo.

En muchos *países en desarrollo*, el crecimiento continúa siendo relativamente fuerte a pesar de un entorno económico mundial débil [según el informe anual del Banco Mundial recién publicado, los precios de los productos básicos, salvo los alimentos de base, en términos reales -es decir comparados con los que importan de los países desarrollados- nunca han estado tan bajos, ello debido a una debilidad del ritmo de crecimiento mundial acentuada este año.] gracias a que un número creciente de esos países han hecho importantes progresos hacia la estabilización y la reforma económica. En otros, no se han hecho suficientes esfuerzos para conseguir un crecimiento continuado. En algunos países de Europa oriental, hay signos que parecen indicar que la fuerte contracción de la producción que están sufriendo está acabando, y que la reforma económica empieza a dar fruto, aunque la situación continúa vulnerable. En los países sucesores de la antigua URSS, como la transformación económica en realidad está empezando, se cree que la producción continuará descendiendo.

Países Industriales.

Desde el principio de los años ochenta, la estrategia económica a medio plazo en la mayoría de los países industriales se propuso conseguir:

- estabilidad de precios;
- tasas elevadas de ahorro e inversión, especialmente mediante la reducción del déficit público;
- supresión de obstáculos a una eficiente asignación de recursos, y
- creación de empleo mediante reformas estructurales.

Unos objetivos que no se han conseguido por igual.

Los más importantes éxitos se han logrado en la lucha contra la inflación, que ha disminuido notablemente en los años ochenta en muchos países, llegando en algunos casos a los bajos niveles de los años sesenta.

Un comportamiento que no es general y que obliga a varios países a perseverar en la lucha contra la inflación.

Durante los años ochenta, los déficit públicos bajaron fuertemente en algunos países industriales. En otros, por el contrario, continúan siendo muy elevados, e incluso han aumentado recientemente después de una etapa de consolidación, lo que ha causado tipos de interés reales a largo plazo históricamente muy altos a pesar de la debilidad de las distintas economías. El llamado "dividendo de la paz" [la posible reducción de gastos militares facilitada por el fin de la guerra fría] en teoría podría hacer posible reducir los déficit públicos, pero está claro que la presión sobre otras partidas de gastos va a intensificarse en los próximos años a causa del envejecimiento de la población, del coste creciente de los gastos médicos y de la demanda creciente de inversiones en infraestructuras y en mejoras del medio ambiente.

Respecto del tercer objetivo, es evidente que falta mucho por hacer para dismantelar barreras al comercio internacional, reducir subsidios a la agricultura [reformando por fin la política agrícola comunitaria] y a la industria y mejorar el funcionamiento de los mercados de trabajo [aumentando su flexibilidad ante las inseguridades económicas que, con la falta de pedidos, pueden amenazar la supervivencia de la empresa]. El fin hoy prioritario en la liberalización del comercio es evitar que fracasen las negociaciones de la Ronda Uruguay, lo que constituye un serio motivo de preocupación.

El progreso principal en el frente de la liberalización se ha logrado en los mercados financieros. Una liberalización que reclama intensificar la inspección de las autoridades financieras para impedir apalancamientos excesivos [es decir, una baja proporción de capital propio y una alta proporción de deuda] y que las autoridades presten mayor atención a la evolución de los mercados de capital para evitar aumentos insostenibles en los precios de los activos [como ha sucedido con los inmuebles en Gran Bretaña, y con las acciones en el Japón, causas importantes de la crisis en esos países]. Sólo así se conseguirá que la liberalización financiera dé los frutos esperados.

Las presentes dificultades de muchos países industriales se deben a no haber aplicado plenamente la estrategia a medio plazo que definen esos cuatro objetivos. Dificultades que empezaron a fines de los años ochenta: la inflación se aceleró en varios países después de haber bajado progresivamente en el período 1982-86. Esa aceleración se debió en parte a haberse alcanzado el límite de la capacidad productiva, lo que podría haberse evitado reduciendo los déficit públicos y eliminando rigideces estructurales, especialmente en los mercados de trabajo. En algunos países, una política monetaria permisiva hizo posibles subidas especulativas en los precios de los activos, al no haberse corregido con la rapidez necesaria la laxa política monetaria adoptada en parte para responder a la crisis bursátil de Octubre de 1987.

El endurecimiento posterior de la política monetaria redujo la inflación, pero inevitablemente debilitó la actividad económica. En los países que permitieron una aceleración de la inflación al final de los años ochenta, esa debilitación se prolongó bastante, mientras que los que controlaron mejor la inflación sólo sufrieron reducciones moderadas de su actividad económica, aunque, desde luego, otros factores contribuyeron a esa diferencia.

Al contrario que en la lucha contra la inflación, muchos países industriales no han actuado con la debida energía para reducir el déficit público y proceder a las reformas estructurales, como ha hecho patente la recuperación débil y lenta de las recesiones o debilitaciones de la coyuntura en los años 1990-91. En Europa, los altos tipos de interés, resultado de la reunificación alemana y de elevados déficit públicos en otros países, y los escasos progresos en la reducción de problemas estructurales en los mercados de trabajo han contribuido a que las distintas economías no se hayan recuperado en grado suficiente. En Norteamérica, los tipos de interés a corto plazo se han reducido considerablemente, una medida acertada en vista de la debilidad de la actividad económica y de los progresos en la lucha contra la inflación, aunque esa decisión de la Reserva Federal no haya sido demasiado eficaz para conseguir la recuperación plena de la actividad económica, a causa de los altos tipos de interés *a largo plazo* y de la falta de confianza de consumidores y empresarios. La debilidad de la economía estadounidense refleja la permanencia agravada del déficit público estructural de los desequilibrios financieros resultantes de un exceso de préstamos al sector privado, de la inflación de precios de los activos en los años ochenta, y también de la herencia de una elevada inflación en la mayor parte de las décadas de los ochenta y noventa.

Está claro que, al no haberse alcanzado los objetivos a medio plazo, es difícil adoptar medidas adicionales, especialmente en política fiscal, para conseguir una recuperación más robusta de la economía. En lo que respecta a la política monetaria, las rebajas en los tipos de interés a corto plazo para estimular la economía pueden incluso llegar a ser contraproducentes si reducen la credibilidad al propósito de, las autoridades de contener la inflación, causando así una subida en los tipos de interés *a largo plazo*. Por ello, los países que

ya han rebajado fuertemente sus tipos de interés a corto plazo no parece que deban continuar reduciéndolos. Las autoridades monetarias de esos países deben estar alerta a la aparición de señales que apunten a una mayor inflación, y si aparecen debe elevar prontamente los tipos de interés a corto plazo. Igualmente en Alemania la autoridad debe asegurarse de que las presiones inflacionistas están disminuyendo antes de adoptar una política monetaria más laxa, teniendo en cuenta además la presencia de un déficit público elevado y la falta de decisiones eficientes para reducirlo.

Seguidamente, repasaremos las principales evaluaciones del Informe sobre la situación particular de los países industriales.

La economía de Estados Unidos. En el primer trimestre de 1992 se hizo sentir una cierta recuperación de la actividad económica gracias a un aumento del consumo y de la construcción residencial, continuando el fuerte crecimiento de las exportaciones de trimestres anteriores. Sin embargo como consumidores e inversores no tenían demasiada confianza en el futuro el ritmo de la recuperación volvió a debilitarse en el segundo trimestre, lo que llevó a la autoridad monetaria a rebajar de nuevo los tipos de interés a corto plazo. De todos modos se espera que la mejora en los balances de las empresas, gracias a la reducción mencionada en los tipos de interés, y la mejora en la competitividad internacional de las exportaciones americanas puedan lograr que el PIB aumente un 2% en 1992 y un 3% en 1993.

[Si el informe del FMI se hubiese finalizado tres semanas más tarde no sería tan optimista: el Índice de Intenciones de Jefes de Compra (Purchase Managers' Index) de fin de Septiembre bajó 4,7 puntos en ese mes, llegando a 49%; (por debajo de nivel crítico de 50% la producción industrial disminuye) por primera vez desde Enero. La cartera de pedidos de la industria está bajando fuertemente y el mercado de trabajo no se anima. Otras estadísticas económicas recién publicadas son también negativas.]

Desde hace casi una década el gran problema de la economía estadounidense ha sido el enorme déficit federal. En 1990-91 no se pudo reducir el déficit en parte a causa de la debilidad de la economía. Desde entonces las perspectivas fiscales a medio plazo han empeorado. Estos grandes y duraderos déficits norteamericanos constituyen un grave impedimento al desarrollo, tanto en EE.UU. como en el resto del mundo, ya que aumentan las expectativas de una alta inflación en el futuro y presionan sobre los tipos de interés a largo plazo, disminuyendo así las oportunidades de inversión en el sector privado y ocasionando tensiones en los mercados financieros y de cambios.

La mejora de la economía estadounidense a medio plazo necesita reducir con urgencia el déficit público federal. Un programa global encaminado a disminuir gastos (y controlar su crecimiento en el futuro) y aumentar ingresos restauraría la confianza de los agentes económicos, haría que disminuyesen los tipos de interés reales [es decir descontada la inflación] a *largo plazo*, y disminuiría el riesgo de que suba la inflación cuando la economía se reanime. Ciertas medidas de reducción del déficit, como la eliminación de gastos que causen distorsiones en la carga fiscal y reducción de subsidios a la agricultura, ayudarían también a resolver problemas estructurales que vienen de antiguo.

Los rasgos de la situación económica de la Comunidad Europea (CE). Tras la desaceleración del crecimiento en 1991, el Informe del FMI espera que la actividad económica se vaya recobrando gradualmente en 1992-93, con un aumento del PIB de 1,5% en 1992 y de 2,25 % en 1993. [Ni que decir tiene que después de las recientes turbulencias, devaluaciones, salidas del SME etc. estos pronósticos deben recibirse con la mayor cautela.] Al igual que en EE.UU., la recuperación europea es más débil que las que siguieron a recesiones anteriores; el reciente aumento de tensiones en los mercados de cambio [recordemos que esto se escribió antes del 16 de Septiembre, fecha en que la libra esterlina abandonó el Sistema Monetario Europeo]

han aumentado la incertidumbre y debilitado la confianza. Gran Bretaña aún no ha salido de la recesión y el crecimiento en Italia continúa siendo débil. Hay señales de recuperación en Alemania Oriental, pero la actividad económica en Alemania Occidental se ha desacelerado después de su recuperación en el primer trimestre de 1992. En Francia, después de una fuerte recuperación en el primer trimestre, el ritmo de crecimiento ha disminuido en el segundo. La conclusión por la que el Informe se inclina es la de que aunque se espera que la actividad económica en la Comunidad Europea recupere algo en el futuro próximo, [esperanza que podría ser engañosa después de las recientes turbulencias], es poco probable que esa recuperación sea lo suficientemente intensa para corregir la reciente subida del paro, ahora cerca del 10%.

Las causas de este débil crecimiento y este paro elevado en la CE son complejas. A pesar de los progresos en liberalizar y desregular la economía a consecuencia del programa para la implantación del Mercado Único [que en principio debe entrar en vigor el 1 de Enero de 1993, aunque tras las recientes turbulencias podría atrasarse] continúan existiendo muchos impedimentos estructurales, especialmente en el mercado del trabajo y en el área de subsidios y subvenciones. Además, el endurecimiento de la política monetaria alemana para hacer frente a las presiones inflacionistas consecuencia de la reunificación se ha extendido al resto de la CE, donde la situación no justifica en muchos casos la urgencia de unos altos tipos de interés. En otros países miembros, como Italia, que no han hecho progresos suficientes para dominar la inflación y reducir el déficit público, los tipos de interés son especialmente altos e incluso se han elevado recientemente para responder a tensiones en el mercado de cambios.

Los esfuerzos necesarios para reducir los desequilibrios macroeconómicos en la CE han recibido nuevos ímpetus gracias al Tratado de Maastricht para conseguir una plena unión económica y monetaria al final de la presente década. La puesta en vigor de medidas para alcanzar los criterios de convergencia exigidos por el Tratado para participar en la etapa final de la Unión Monetaria Europea es esencial para poder reducir tensiones en el mercado de cambios, para posibilitar una reducción en los tipos de interés reales, y para aumentar el ritmo de crecimiento de la economía comunitaria a medio y largo plazo. Es muy poco probable que el crecimiento económico se mantenga a un ritmo satisfactorio si no se realizan esfuerzos perseverantes para reducir los déficits públicos excesivos y rebajar la inflación hasta niveles tolerables. Si se adoptan pronto medidas para reducir el déficit alemán a un nivel por debajo del 3% del PIB fijado en Maastricht, será más fácil para otros países miembros reducir sus desequilibrios fiscales y conseguir una mayor convergencia, gracias a los efectos beneficiosos que esas medidas alemanas tendrán en las condiciones monetarias del resto de la CE. Reformas estructurales y en el mercado de trabajo son igualmente cruciales para conseguir un mayor crecimiento. El que se haya llegado a un acuerdo sobre los principios básicos para reformar a fondo la Política Agrícola Común (CAP) permite ser optimistas a este respecto.

El comportamiento peculiar de Japón. Tras varios años de rápido crecimiento que culminaron en señales de recalentamiento de su economía, las autoridades japonesas se vieron obligadas a adoptar decisiones que redujeron en 1991, sensiblemente el ritmo de crecimiento económico. Sin embargo, el PIB real aumentó notablemente en el primer trimestre de 1992, pero los indicadores económicos más recientes, incluyendo el consumo privado, apuntan a una caída en el ritmo de crecimiento, que refleja una reducción en las presiones inflacionistas y en los precios excesivos de inmuebles y activos financieros, baja necesaria pero costosa. Para reducir el coste de este ajuste se han adoptado ya una serie de medidas, como son las fuertes rebajas en los tipos de interés a corto plazo y el adelanto de las inversiones públicas. Un amplio paquete adicional de medidas fiscales se anunció a fines de Agosto, que ayudará a recobrar la confianza y a estimular el crecimiento del PIB real, que se espera llegue a un 3,75% en 1993 tras haberse limitado a un 2% en 1992. A la vista del resultado de esfuerzos anteriores para reducir desequilibrios fiscales parece que las presentes medidas no pondrán en peligro la credibilidad de los objetivos fiscales a medio plazo fijados por el gobierno.

A pesar de ciertos riesgos a corto plazo, las perspectivas a medio plazo de la economía japonesa continúan siendo buenas, con un crecimiento potencial de alrededor de 3,5 %. El país se ha preparado para mantener la presión sobre el gasto público resultante del envejecimiento de la población en las dos o tres décadas futuras mediante presupuestos saneados y un superávit en la seguridad social. Los éxitos conseguidos en materia fiscal permiten a las autoridades consagrar su atención a reformas estructurales, especialmente en lo que respecta a los mercados financieros, libre competencia, agricultura y terrenos edificables. Esas reformas estructurales beneficiarán directamente a los consumidores del país y contribuirán a reducir tensiones en el comercio exterior [es decir a disminuir el superávit estructural de la balanza de pagos japonesa.]

Países en desarrollo.

Se estima que el crecimiento económico de los países en desarrollo ascenderá a un 6,25% en 1992 y 1993, el más elevado desde hace más de 10 años. Las únicas regiones en las que las perspectivas de desarrollo han empeorado son las de Africa oriental y meridional, donde cierto número de países están sufriendo las consecuencias de una fuerte sequía y de disturbios y guerras civiles. En otros países en desarrollo el reducido aumento de la demanda mundial y la consiguiente debilidad de los precios de los productos básicos han mitigado el impacto favorable en el servicio de su deuda exterior causado por la baja en los tipos de interés a corto plazo en EE.UU. y Japón y por acuerdos de reestructuración de su deuda externa. En el Oriente Medio la reconstrucción después de la guerra reciente está contribuyendo a una notable recuperación de la actividad económica.

Aparte de esos factores especiales, hay cada vez más señales de que la estabilización y los esfuerzos para realizar reformas estructurales están comenzando a dar fruto en un número creciente de países. Puede afirmarse que 35 países -que suponen más del 50% del producto de todos los países en desarrollo- han tenido éxito en su ajuste, aunque las reformas no se hayan completado en todos ellos. Algunos de ellos, la mayoría asiáticos, empezaron el proceso de reforma hace más de una década. Durante los últimos tres a cuatro años un número creciente de países en desarrollo en todo el mundo están empezando a superar las dificultades inevitables en las primeras fases del ajuste. La experiencia de esos países es una importante lección para los que están empezando ahora su ajuste y sus reformas.

Incluso durante el reciente período de lento crecimiento de la economía mundial en los países que han tenido éxito en su ajuste y sus reformas el aumento del PIB ha sido ininterrumpido y relativamente rápido. Lo han conseguido gracias a sus firmes esfuerzos para reducir sus déficit fiscales y controlar la inflación. También ha contribuido al éxito el que hayan reconocido la importancia de dar libre juego a las fuerzas del mercado: la mayoría de esos países han liberalizado el comercio exterior, reducido subsidios y privatizado empresas estatales. En muchos casos también han reformado sus mercados financieros para poder movilizar mejor sus recursos financieros y asegurar su alocación eficiente.

La reciente mejora en la economía de un número creciente de países en desarrollo se ha visto acompañada por un retorno de capital nacional que había huido y por importantes entradas de capitales extranjeros en forma de inversiones directas y de cartera, lo que indica que está aumentando la confianza en las perspectivas económicas de esos países. De todos modos sus autoridades deben tener bien presente que esos capitales se pueden ir tan deprisa como vinieron, y que para evitarlo es preciso prevenir recalentamientos de sus economías mediante medidas de ajuste apropiadas. En algunos países un mayor rigor en la política fiscal contribuiría a posibilitar una mayor inversión y permitiría una reducción de los actuales y elevados tipos de interés, que a menudo son la causa de las entradas de capital. En algunos casos también sería conveniente elevar el tipo de cambio de la moneda nacional. También sería posible acelerar las privatizaciones, lo que ayudaría a la amortización de la deuda pública tanto interior como exterior.

La considerable reducción en la *ratio* deuda/exportaciones en los países en desarrollo -de 178% en 1986 a 123% en 1992- hace pensar que se está progresando en la solución del problema de la deuda, especialmente en algunos países de nivel medio de riqueza que estaban muy endeudados. Se ha conseguido en parte gracias a medidas efectivas de estabilización y de reforma estructural que han promovido mayores exportaciones. Además de los efectos beneficiosos de unos tipos de interés mundiales más bajos, en algunos casos acuerdos de reducción de deuda han contribuido notablemente a esta mejora.

En los países en desarrollo más pobres, en su mayoría africanos, se ha progresado poco en el problema de aliviar la carga de la deuda, aunque algunas iniciativas de los acreedores públicos [estados y organismos internacionales], que representan la mayor parte de la deuda han contribuido a contener el coste del servicio de la misma. Sin embargo en los países más pobres es necesario adoptar medidas más eficaces para promover reformas económicas y conseguir un crecimiento más rápido de la economía. Entre esas medidas se cuentan una pronta aplicación de los acuerdos con países ricos para aumentar la ayuda oficial y técnica y una apertura mayor del mercado interior de los países ricos a las exportaciones de los en desarrollo. En vista de las necesidades especiales de los países pobres el FMI ha ampliado el plazo de acceso a su ventanilla de préstamos a interés reducido para ajuste estructural (ESAF: Concessional Enhanced Structural Adjustment Facility).

La comprometida situación de los países excomunistas.

Las primeras fases del proceso de transformación hacia el capitalismo en Europa Oriental significaron una fuerte caída en la producción en 1990 y 1991. Aunque se estima que en 1992 esa caída de la producción va a continuar, hay ciertas razones para esperar que está llegando a su fin, al menos en algunas de las economías. Además de los trastornos inevitables derivados del fin del sistema de planificación central autoritaria, otras causas adicionales de esa enorme baja en la producción han sido el derrumbe del comercio mutuo entre los miembros del abolido Comecón, el que gran parte del equipo capital estaba muy anticuado, rigideces en los mercados de trabajo y de capital, y dificultades de financiación. El ajuste se está prolongando porque la oferta está respondiendo muy lentamente a las fuerzas del mercado y porque es difícil desarrollar nuevos productos y encontrar nuevos mercados, si bien las exportaciones a los países industriales han aumentado notablemente.

En Europa Oriental [excluida la antigua URSS] los gobiernos en 1991 han procedido con cierta rapidez liberalizando precios y abriendo sus economías a la competencia exterior. Aunque se han hecho importantes progresos en esos terrenos la experiencia reciente ha mostrado dos cosas: 1ª) que existen límites objetivos a la rapidez de la transformación, y 2ª) la enorme importancia de la estabilidad financiera para poder realizarla. Mucho queda por hacer para establecer las instituciones y estructuras de una economía de mercado. Incertidumbres sobre derechos de propiedad, la falta de un sistema financiero que funcione, y la escasez de experiencia empresarial y financiera, constituyen serios obstáculos a las mejoras de las distintas economías. Además, aunque se ha progresado en la privatización de las pequeñas empresas, la de empresas medianas y grandes se está retrasando. Todos estos problemas se han visto agravados por déficit fiscales mayores de los esperados y por falta de control de la política monetaria. El que la economía de esos países progrese depende de la solución de todos estos problemas.

Los países de la antigua URSS están todavía en la primera fase del proceso de transformación. En la Federación Rusa se han realizado importantes reformas estructurales en 1992 entre ellas una amplia reforma de precios y la liberalización del mercado de cambio. Sin embargo no se ha conseguido todavía poner en marcha una política efectiva de estabilización ni realizar otras importantes reformas en el sistema económico. Si no se refuerza el control fiscal y monetario la inflación continuará alta, lo que hará imposibles mejoras en la asignación de recursos necesitadas con urgencia. Además de las medidas anunciadas en Julio será preciso

esforzarse en reducir el déficit fiscal, en contener la expansión del crédito a empresas en déficit, y establecer una regulación monetaria efectiva en el área del rublo. Para que la estabilización tenga éxito y para promover la necesaria reestructuración de la industria se necesita con urgencia que las empresas estatales introduzcan una contabilidad comercial apropiada y estrictas limitaciones presupuestarias y que se acelere la privatización y demás reformas estructurales.

Los demás países de la antigua URSS están experimentando más o menos las mismas dificultades que Rusia. A pesar de que se han tomado medidas para liberalizar los precios la producción está respondiendo muy lentamente a las fuerzas del mercado y subsisten numerosos obstáculos al comercio entre los estados sucesores de la antigua URSS.

El área del rublo se ve afectada por una continua falta de estabilidad que refleja una expansión excesiva del crédito en varios países y una falta de coordinación en las políticas económicas de los países que la forman. Varios de ellos están procediendo a introducir su propia moneda para conseguir así un mayor grado de independencia monetaria. Además, los países que abandonen el área del rublo tendrán que celebrar acuerdos con los que se queden, para evitar que surjan serias dificultades en el comercio con estos últimos.

La ayuda de la comunidad internacional es vital para limitar el coste de la transición y reducir los riesgos de fracasos en el proceso de reforma. Son imprescindibles tres tipos de ayuda que se refuerzan entre sí. El primero es asesoramiento sobre la política económica que deba seguirse y asistencia técnica. El segundo la ayuda financiera necesaria para acumular un volumen suficiente de reservas y ayudar a la financiación de proyectos de inversión. Y la tercera que el resto del mundo, en especial los países industriales, abran más sus mercados, sobre la base de la no discriminación, a las exportaciones de los países que emprendan el proceso de reformas para que éstos puedan beneficiarse del sistema de comercio multilateral, una de las razones del éxito de las economías de mercado.